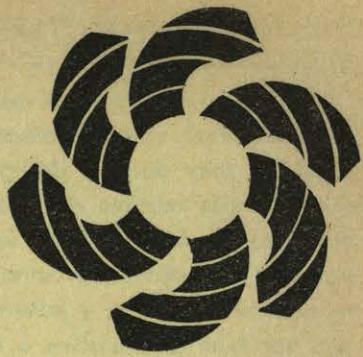


POSSIBILIDADES DEL CAMPO ESPAÑOL



ALFONSO DE URQUIJO. Ingeniero agrónomo

Las cifras, las estadísticas, las teorías económicas hacen ver los problemas con objetividad y tal vez, por ello mismo, de una forma fría. Cuando se contemplan desde el punto de vista humano cobran unos tintes diferentes que llegan a conmovernos.

Un ejemplo típico es el de la migración de las gentes del campo a la industria, a la ciudad, o a otros países. Los números nos dicen que el porcentaje de la población activa española dedicada al agro es todavía muy superior al de países más desarrollados y que la renta *per capita* es menor entre los agricultores que en otros sectores del país. Es una corriente mundial la de la menor dedicación de mano de obra a las labores agrícolas con un aumento en las cosechas unitarias. Podría pensarse que en nuestro país, en la actual coyuntura, se ha avanzado notablemente en el reajuste de nuestra economía, a causa de la migración.

Voy a referirme en breves ráfagas al otro aspecto del problema. Las actuales circunstancias han producido un éxodo desordenado, acelerando el ritmo de forma que produce un enorme desequilibrio, haciéndose difícil encontrar obreros para las faenas del campo. Los que se van en primer lugar son los hombres jóvenes, los más capacitados, quedando en el medio rural mujeres, viejos y niños, con los cuales resulta imposible mejorar la productividad, y además se crea entre ellos un ambiente de tristeza, de depresión, de considerar difícilísimo liberarse de su terrible destino, lo cual contribuye a disminuir rendimientos y trabajos. Por el efecto multiplicador de las cosas

del campo, la migración afecta directamente a un número crecidísimo de personas: comerciantes rurales, médicos de aldea, farmacéuticos, etc., que en muchos casos ven tan reducidos sus ingresos que no pueden continuar en sus puestos, y a su vez tienen que marcharse. Es enorme el patetismo de las casas abandonadas, que ya nadie quiere y a nadie interesan, a veces en una proporción grande sobre el total de las edificaciones del pueblo (tengo en la memoria un lugar de la provincia de Santander en el fondo de un valle, y como éste ¡hay tantos otros!). En ellas se ven objetos abandonados, algunos de ellos juguetes infantiles, puertas desvencijadas, ventanas sin cristales, vigas que empiezan a ceder, y todo ello de casas, de hogares que han albergado una familia durante generaciones, en los que se forjaron ilusiones, proyectos, realizaciones, siempre en relación al campo, al ganado, a las labores, a mejoras en cultivos e instalaciones.

Pero ¿por qué se ha producido de pronto el fenómeno de la desilusión, del abandono? ¿Es que en el campo español no hay ya posibilidades para el que quiera trabajar para mejorar su vida? Desde tiempos remotos se notaba la atracción de la ciudad para los campesinos, era tradicional el emigrante a países ultramarinos, especialmente en determinadas regiones, y gran número de labores del agro eran consideradas como poco remuneradoras, pero, a pesar de ello, se trabajaba en el medio rural con entusiasmo e ilusión, se empleaba esfuerzo y capital en nuevas roturaciones, en regadíos, en mejoras de

pastizales y ganaderías. El panorama ha cambiado, y el signo de la coyuntura es negativo.

Si se examina el trabajo que hacían estas gentes, en muchísimos casos lo efectuaban en condiciones y medios muy duros y desagradables, y desgraciadamente aún muchas de estas labores tienen que realizarse, de forma que, si se comparan con las de cualquier otro sector, se comprende que nadie quiera dedicarse a ellas, y solamente quedan aquellos que por falta de iniciativa o de inteligencia son incapaces de liberarse de las mismas. Los medios de difusión modernos, especialmente la televisión, ha tenido una marcada influencia en el éxodo agrícola, pues, aunque es verdad que hace más confortable y entretenida la vida en el campo, por otro lado, muchas gentes han conocido y deseado, gracias a ellos, ambientes con los cuales no habían ni soñado.

Las circunstancias por las cuales atravesó España después de la última guerra mundial, cuando nos vimos sometidos a un aislamiento internacional y a unas dificultades en obtener divisas y, por tanto, muchas cosas que necesariamente tenían que venir de fuera, nos llevaron a tener que intentar una política de autarquía, a pesar de los medios modestos de que disponíamos. Para ellos se intensificaron todos los planes que llevaran a aumentar las producciones. Visto a distancia, es posible que se hicieran algunas cosas agronómicamente no aconsejables, tales como roturar terrenos demasiado pendientes o muy pobres, pero en aquellos momentos eran necesarias.

La depresión agrícola no se hizo notar en aquellas difíciles circunstancias, sino que, por el contrario, existía un entusiasmo y un espíritu de mejora y optimismo. No debe ocultarse la influencia que en ello tuvo el alza extraordinaria de precios de determinados artículos, cuando éstos escaseaban y se vendían en lo que se vino a llamar "mercado negro", a pesar de las medidas que se tomaban para frenarlos.

El problema agrícola empezó a agudizarse en el mismo momento en que nuestra economía entró en contacto con la de otros países, empezó un turismo que fué abundante fuente de divisas y se tomaron las primeras medidas liberalizadoras del comercio, pudiendo hacerse importaciones de bienes de producción y de consumo que evitaron la elevación excesiva de los precios. Al contemplar estos hechos, es natural que nos planteemos, si es que nuestra agricultura no puede resistir una economía de liberalización, y si por tanto está condenada a desaparecer en gran parte, siendo de gran interés general ver las posibilidades que, de ser esto cierto, tendrían nuestros campos.

Un examen detallado de lo que hacen otras naciones de economía liberal nos hace ver que no es cierta la liberalización en lo que se refiere a la agricultura y ganadería. La protección a las mismas es muy grande en todos estos países, y es de dominio

general que esto tiene tal importancia que ha sido el principal escollo para una rápida formación del Mercado Común. La razón de la fuerte protección a la agricultura ha de buscarse en el factor multiplicador que ésta tiene sobre el país. No es lo mismo producir azúcar (u otro producto), que adquirirla en el mercado internacional, aunque sea a precios más bajos, pues una serie de actividades disminuyen o desaparecen, tales como producción de semillas, de abonos, aperos de labranza, insecticidas, sacerío, fábricas para la manipulación, etc., y tiene, como es natural, una repercusión inmediata sobre el poder adquisitivo de todos los empleados en estas diversas actividades.

Las posibilidades del campo español dependerán, en gran parte, de las medidas de protección a los productos agrícolas, y si éstas son semejantes a las de otros países europeos, a pesar de nuestro clima, de nuestra situación, o tal vez por ello mismo, serán muy considerables. No deben olvidarse las conversaciones de España con el Mercado Común. Desde el punto de vista agrícola la integración sería fundamental y haría que aumentasen las posibilidades.

La migración de la mano de obra del campo sólo puede frenarse de una forma: consiguiendo que el trabajador agrícola encuentre allí mismo un mayor incentivo que en la industria, en la ciudad o en el extranjero. El problema no es fácil de resolver, es muy complejo, y parece hasta insoluble en cierta forma, pues no es posible cargar a los productos agrícolas de forma que resulten excesivamente altos para los consumidores, con la consiguiente repercusión en la economía. Como es lógico, hay que pensar en la productividad. Para conseguirla, se han ido tomando una serie de excelentes medidas, tales como el cambio de estructuras que va consiguiendo el servicio de Concentración Parcelaria, la fantástica labor educativa desarrollada por el Servicio de Extensión Agraria, las ayudas crediticias dadas a los agricultores por los organismos competentes, el movimiento cooperativista, etc.

A pesar de todo, esto no es suficiente y continúa aumentando el éxodo que despuebla campos a ritmo creciente. Al hablar de incentivos no solamente debe pensarse en mejores jornales, sino en mayores comodidades, y entre ellas, en muy primer término, la vivienda rural.

A mi entender, además de razones económicas de peso, la depresión agrícola actual viene acentuada por un ambiente colectivo de desmoralización, que no es objetivo en su totalidad. A los agricultores "se les han caído los palos del sombrajo", lo comentan unos con otros, creen ver escasas perspectivas y se van influyendo mutuamente, hasta llegar a esa desmoralización a que hacía referencia. Una prueba de ello es que a pesar de la escasez de mano de obra, en el año 1964 se han vendido en España menos

tractores que en 1963, y a todas luces esto es un síntoma grave.

La agricultura española necesita ánimos, quiere directrices, desea saber a qué atenerse, y no para períodos demasiado cortos. Pero ¿es posible tomar medidas que revitalicen este sector, o estamos en una coyuntura en la cual tiene que retraerse y quedar disminuido forzosamente? Personalmente soy optimista, y para justificarlo voy a exponer algunas ideas, con el convencimiento de que es posible tomar medidas mucho más eficaces, algunas de ellas probablemente ya en marcha. Con referencia al problema de la mecanización cabría, por ejemplo, primar los tractores, pidiendo al mismo tiempo a las empresas que los producen que, ante la perspectiva de mayores ventas, reajustasen los precios, con lo cual todos los labradores españoles tendrían la oportunidad, durante un período señalado de antemano, de mecanizarse a buenos precios. Respecto a las orientaciones o directrices, tendría sin duda una favorable influencia la regulación de los distintos cultivos, no por campañas, sino por períodos no inferiores a quinquenios, con retoques anuales de precios proporcionales a los índices que se establezcan. Si fuera posible que las importaciones y exportaciones se hicieran a través de cooperativas o asociaciones que agrupen a los agricultores o ganaderos directamente afectadas por ellas podría repercutir de forma beneficiosa y estimulante, como viene observándose en el intento que ha hecho ANSA para regular el mercado de huevos y carne de pollo. Son muchas las medidas que pudieran citarse, y muy diversas las formas en que pueden enfocarse, y si he citado unas cuantas, es como muestra de la sed de ánimos que tenemos los agricultores. No hace falta indicar la repercusión que estas disposiciones pueden tener sobre las posibilidades del agro.

Dada la diversidad regional de nuestra Patria, habrá zonas con un brillante porvenir agrícola, y otras, en cambio, quedarán despobladas y no cultivadas. Es evidente que no será posible labrar terrenos de escasa producción, cerros abancalados con esfuerzo de muchas generaciones, en donde incluso el acarreo ha de hacerse a lomos de bestias, parcelas que no admiten mecanización o son demasiado pequeñas. El porvenir de estas regiones parece ganadero y forestal. La creciente demanda en carnes y productos de origen animal parece que hace muy aconsejable que se fomente considerablemente este sector. En algunos casos los regadíos solucionarán el futuro de estas tierras áridas. El problema de la España árida, en donde el factor limitativo es el agua, tiene que irse aminorando con la prosecución de los planes de nuevos regadíos. No ha de olvidarse que en ellos los problemas de mano de obra se agudizan. A mi manera de ver, las parcelas pequeñas podrían tener una difícil defensa económica

en el futuro. La llamada "explotación familiar" debiera tender a ser una unidad que resulte mayor que las que se hicieron en el pasado.

Al comparar al agricultor español con el de muchos países europeos, la diferencia es extraordinaria. Los medios de comunicación, el aislamiento, las posibilidades de enviar a los hijos a escuelas y colegios cercanos, los mercados, viviendas, etc., son radicalmente distintos y, por desgracia, desfavorables a nuestros campesinos. Gran parte de estos inconvenientes son resultado de nuestra topografía, de la aridez del país y como resultado de nuestra escasa densidad de población, y de otros factores sobre los cuales no se puede influir, pero debemos afrontar con valentía y decisión todo aquello que se pueda mejorar, hay que estudiar a fondo las posibilidades que puede haber en el futuro para nuestras tierras, teniendo siempre en cuenta que el fundamento de cualquier plan de desarrollo tiene que ser agrícola, y que si falla la cimentación, mal podrá levantarse el edificio.

Lo que más envidio de la agricultura centro-europea es lo que pudiera llamarse la pequeña burguesía rural, tan escasa en España. Me refiero a los labradores que cultivan ellos mismos sus campos, ayudados por uno o varios hijos y empleando uno o dos obreros fijos (¡españoles en bastantes casos!). Estas explotaciones suelen ser de una extensión media, por ejemplo de una 25 hectáreas en la zona fértil de Suiza; en ellas la productividad es alta y el nivel de vida de que goza la familia campesina es elevado. Creo que sería muy deseable fomentar en lo posible las explotaciones de este estilo, pues es indudable que las posibilidades en ellas son muy superiores que en unidades más pequeñas, e incluso que en las mayores, en las cuales los propietarios no tienen una dedicación directa como trabajadores de la tierra, lo cual tiene una influencia en la productividad.

Como resumen, considero difícil decir cuáles han de ser las posibilidades de nuestros campos frente a la actual coyuntura de liberalización, pues dependerán en gran parte de las medidas de protección a la agricultura que se adopten. Creo y espero que éstas han de ser objetivas y eficaces, y que una vez conocidas será preciso estudiar lo que puede hacerse, e inmediatamente realizarlo, basándolo siempre en la necesidad de que el obrero agrícola encuentre en el medio rural un incentivo tal, que no se vea impulsado a una migración masiva y desordenada. Quiero resaltar de nuevo la necesidad, dentro de estas directrices, de que la vivienda rural sea confortable y moderna. Y no quiero, por último, dejar de señalar otro problema de interés para los arquitectos: el destino que vaya a darse a nuestros pueblos y a nuestras aldeas, al disminuir su población en forma tan apreciable.